



CAPÍTULO XIV.

DE LO QUE LES HABÍA SUCEDIDO
Á GABRIEL Y Á D. SANTIAGO.

POR comprometida que sea la situación en que se encuentran varios de los personajes de esta historia, nos vemos precisados á conducir al lector cerca de Gabriel y de D. Santiago, á quienes hemos dejado hace tiempo en situación no menos difícil y angustiosa.

No pudo calcular el pobre niño el tiempo que transcurriría desde el momento en que la luz de la aurora hirió sus pupilas al través de sus párpados cerrados.

Después de aquel momento, la penumbra rojiza, que creía tener delante de sus ojos, fué obscureciéndose poco á poco, como si un círculo de plomo hubiera ido ensanchándose hacia la circunferencia, y estrechándose hacia el centro, hasta terminar en un punto que se extinguió por fin.

Un rumor parecido al de la mar lejana, fué creciendo por instantes, hasta semejarse al bramido del torrente: el niño atravesaba la región del ruido, como si al desprenderse del mundo tuviera que pasar por mundos intermedios hasta perderse en el infinito.

A la luz, habían sucedido las tinieblas: al ruido, debía seguir el silencio.

El dolor, en tanto, clavaba su aguijón en el niño indefenso: la conciencia vaga de su situación se hacía sensible por la punzada aguda de sus sienes, y por la estrangulación de sus extremidades; y como si los mazos y los yunques de sus oídos tomaran dimensiones colosales, golpeaban con furor, produciendo una sucesión de estrépitos ina-

guantables, que terminaron en un colosal gemido parecido al que produce el pito de una locomotora; este gemido fué haciéndose agudo, como si el ruido mismo hubiera estado sometido á la presión de una atmósfera de plomo.

Sucesivamente iba disminuyendo en gravedad y en intensidad el chirrido, que iba siendo gradualmente como un silbo; después, como el vuelo de un insecto; luego, como un soplo imperceptible, que se perdió en la región pavorosa del silencio....

No supo Gabriel qué tiempo transcurrió desde el momento que acabamos de describir, hasta aquél en que volvió á este mundo, como el cadáver que sale del sepulcro en cuya eternidad perdió la idea del tiempo.

La vida, abriéndose paso entre las tinieblas y la nada en que se había sumerjido, asomaba de nuevo, como uno de esos pequeños insectos que triunfan de un montón de tierra que les cayó encima.

La reminiscencia, la vida, el primer albor mental volvían á alentar dentro de aquel

cráneo, cuyas vísceras habían estado expuestas á ser destruídas para siempre.

Parecía que ese huésped que se llama «el alma,» volvía á su hogar después del cataclismo.

Era como el colono que vuelve á contemplar las ruínas de su casa, después del huracán.

Era una alma que iba á emigrar y se volvía arrepentida de emprender tan largo viaje.

Gabriel vivía.

Vivían sus padres.

Vivía la justicia de Dios.

En este despertar, la materia estaba marchita, como la planta cuya vida, que es la sávia interior, lucha en las células para reorganizar al individuo.

Gabriel no sentía aún: el colono iba entrando sin saber si podría vivir allí.

Si la planta arrancada de su tallo pudiera hablar, exclamaría como Gabriel esta sola palabra:

—¡Agua!

Esta voz salió casi sin aire de los pulmones de Gabriel y en seguida sintió, como si en los gases del agua viniera el complemento de la vida, que al tocar sus labios resecos los bordes de una taza fría, se difundía por todo su cuerpo una savia vivificadora.

Gabriel bebió con el placer de la resurrección y tuvo la conciencia de sí mismo.

Los generadores del mundo físico, los gases, ejecutaban sus maravillosos consorcios, sus sabias combinaciones y engendrabán la sensibilidad y el movimiento.

Resultaba cierta beatitud de aquel despertar; había no sabemos qué voluptuosidad en aquel regreso: la vida volvía haciéndose sentir como un placer.

Gabriel era una máquina que comenzaba su segunda prueba, después de subsanado un dislocamiento.

Todavía Gabriel no participaba del vigor que se necesita, para que el dolor entrara á ser el testimonio irrefragable de la vida.

La vida de Gabriel empezaba como todas, gozando. Hubiera deseado padecer.

Estaba circunvalado Gabriel por las paredes de un recinto en donde el oxígeno no era precisamente lo que más abundara: en lugar de este soplo de Dios, había sulfídrico y carbónico, implacables enemigos de la vida.

El pecho de Gabriel ondulaba con cierta fatiga tormentosa.

—¡Aire! hubiera dicho un hombre entendido, pero al lado de Gabriel no estaba sino una especie de momia dormitando: era una vieja medio idiota, incapaz de ocuparse en cuestiones de atmósfera.

Pero Gabriel tenía un ángel, supuesto que una mano desconocida le había salvado.

El ángel abrió un postigo, y por allí entró con la luz en un torrente de vida.

Gabriel aspiró el aire; y se dibujó una sonrisa de placer en sus labios.

Abrió los ojos. Ya estaba allí la luz; la luz era un pedazo de cielo azul.

—¡Más luz! murmuró Gabriel.

La momia se incorporó como movida por un resorte, y fijando una mirada de reptil en el niño, dijo:

—¿Y para qué quieres la luz, acaso te sirve para algo? ¿no ves que se ha abierto la ventana?

Gabriel fijó la vista en el azul del cielo y no contestó.

—Voy á avisar que has resucitado; porque me parece que de esta no te vas, y eso es porque tienes el cuero duro. Cuidado como te levantas; dado el caso que pudieras hacerlo.

La vieja salió de aquel tabuco, y cerrando la puerta tras de sí, se la oyó por algún tiempo hacer ruido con la llave en la cerradura.

Gabriel no se había movido, porque al volver en sí, no se había acordado de su cuerpo. Reconoció con la mirada aquella habitación.

Contempló sobre su cabeza una serie de vigas ennegrecidas; hacia su derecha una pequeña ventana alta; á sus piés la puerta por donde había salido la vieja; á su derecha se levantaba una pared de adobes carcomida y ensalitrada.

—¿En dónde estoy? pensó Gabriel. ¡Ah! ya no estoy atado al tronco! ¡Gracias, Dios mío! estoy en una cama.

Siento aún el lazo que está quebrantando mis huesos.... sigo atado. ¡Ay! si pudiera moverme.

Y probó á mover un brazo; y experimentó una violenta impresión de alegría al conocer que podía hacer uso de sus movimientos.

No había salido aún Gabriel de su perplejidad, cuando volvió á abrirse la puerta y aparecieron la vieja y otro personaje.

El niño reconoció bien pronto las facciones de su verdugo y experimentó un estremecimiento de terror.

José María Gómez se puso á contemplar á su víctima.

—Ya lo estás viendo, dijo la vieja dirigiéndose á Gómez, si no ha sido por mí, este muchacho se hubiera muerto.

—Adios ¿pues qué le has hecho?

—¿Qué le he hecho? pues acaso será el primer muerto que resucite ¡vaya! en el pue-

blo me decían la resucita-muertos, y si no he hecho otras curaciones, es porque tiene uno que estar cuidando de otras cosas.

—¿Pero con qué recordó?

—Adios ¿pues qué crees que no estaba más que dormido? estaba muerto, José María, yo sé lo que digo, estaba muerto.

—Bueno ¿pero qué le hizo?

—Pues en primer lugar lo jalamos hasta que le tronaran los huesos, para componérselos.

—¡Adios!

—Como te lo digo, todito estaba descoyuntado; luego lo rociamos con una medicina que yo uso y le dimos recio en todo el cuerpo con un costal y lo arropamos hasta que sudó.

—¿Y ya puede hablar?

—¡Vaya! con que me dijo que quería más luz.

—¿Y por eso abriste la ventana?

—Yo, nó: el aire.

—¿Y puede andar?

—¡Adios! pues tú si que..... Lo menos en cuatro días no podrá menearse.

—¡A ver, amigo! dijo José María Gómez, haga por levantarse.

Gabriel levantó un poco la cabeza, iba á hacer un esfuerzo para incorporarse, pero no pudo.

—Lo ayudaremos, dijo Gómez.

Y tomó al niño por los hombros, obligándolo á sentarse.

Gabriel sintió un dolor agudo y en seguida un desvanecimiento.

—Míralo, dijo la vieja, no puede, yo le daré su atole, para que cobre fuerzas, y dentro de cuatro días, vienes para que te lo entregue.

—¿Y para entónces podrá andar?

—Yo creeré que sí.

—Pero cuidado! dijo Gómez á Gabriel que estaba desmayado, cuidado como te haces el mañoso por no caminar; lo que tienes más que todo es taimado, pero te compondrás conmigo.

Esto lo oyó apenas Gabriel, y no quiso moverse.

Gómez salió de aquella horrible habitación y Gabriel volvió á quedar al cuidado de su enfermera.

Después de un rato, el enfermo tomó unos tragos de atole, alimento que la enfermera ministró á Gabriel varias veces durante todo aquel día.

Un sueño regenerador y tranquilo sucedió al alimento, y el enfermo comenzó á rehacerse poco á poco.

Cuando Gabriel pudo hablar, preguntó á su enfermera.

—¿En dónde estoy?

—En mi casa, pues dónde has de estar!

—¿Y mi padre?

—Que sé yo de tu padre, ni sé si lo tienes.

—El señor don Santiago.

—No lo conozco.

—Veníamos juntos.

—Oiga.... entónces.....

—¿En dónde cree usted que pueda estar?

—¿Con que venían juntos?

—Sí.

—¿Y luego?

—Nos asaltaron.

—Ya sé, que ibas á matar al señor.

—¿Qué señor?

—Al que estuvo aquí.

—¿Al ladrón?

—¿Ladrón? ¿qué le sabes? ¡Habrase visto! ¡es qué ladrón! ¿Pues no lo ves, muchacho grosero, que es una persona?...

—Sí; pero él fué quien...

—¡Mientes! gritó la vieja, incomodándose.

—No se enoje usted, señora, dijo Gabriel; á pesar de todo, no le guardo rencor.

—¡Ni tienes por qué!

—En cuanto á eso, puede ser que tenga; ¿pero lo creerá usted, señora, ese hombre me simpatiza; ¡ya se ve, es el primer!...

—¿El primer, qué?

Gabriel iba á repetir la palabra *ladrón*;

—Pues.... es el primer hombre que yo veo así... en el camino, y si bien es cierto

que disparé mi pistola, pero me alegro de no haberlo herido.

—Sí, alégrate; porque te hubiera matado.

—¿Sí?

—¡Vaya! si tiene muy mal genio.

—Pues cuando quiso levantarme para que me sentara, se lo agradecí mucho.

—¡Oiga!

—Sí; y desde ese momento ya no lo aborrezco.

—¿Y por qué lo habías de aborrecer antes?

Gabriel guardó silencio, pero al fin contestó:

—Por nada.

Y al cabo de un rato, dijo:

—¿Si usted me dijera en dónde está mi padre?...

—¿Qué?

—Que á usted también la querría mucho, porque me haría un favor muy grande.

—Pues lo siento, porque yo no sé nada.

—Pero puede usted preguntar.

—¿Yo?

—Sí. ¿Por qué no?

—Tú no conoces al señor; me mataría.

—¿Por eso, nada más?

—Por menos lo hace; ya te he dicho que tiene muy mal genio.

—Pues no se lo pregunte usted á él.

—¿Pues á quién?

—A todos; á quienes usted quiera; pero yo quiero saber lo que ha sucedido con mi padre.

—¿Tiene mucho dinero tu padre?

—Creo que no; al menos, yo no se lo he visto nunca.

—Pues si tuviera mucho dinero, bien le podía dar algo al que le dijera donde estás tú.

—Ya se vé que sí le daría, porque mi padre me quiere mucho.

—Pues yo creo que eso será lo que haga, porque si no sirve el dinero para estos casos, ¿para cuándo, entonces?

Al día siguiente, se presentó otra vez Gómez en el tabuco.

—¡Qué hay, amigo! dijo al entrar, ya nos vamos.

—¿A dónde?

—¿Y cree que se lo voy á decir?

—¿En dónde está mi padre?

—¡Otra! ¿Y qué le importa?

—Es mi padre, contestó Gabriel con energía, y pregunto por él. Yo quiero saber si le ha sucedido algo.

—¿Y qué con que le suceda, pues acaso lo puede remediar?

—Quién sabe.

—¡Adios del muchacho!

—¿Dígame usted, por favor, en dónde está mi padre? ¿dígame usted siquiera que está bueno?

Gómez se quedó pensando y sintió á su pesar, algo á favor del niño, y dijo:

—Pues ya lo verá, no se apure tanto.

—¿Lo verá? ¿es cierto que lo verá? Pues vamos, aunque no pueda yo andar de prisa, iré poco á poco; pero iré.

—Sí; pero eso, depende de él.

—¿Por qué?

—Pues no quiere darnos unos medios que necesitamos.

—Mi padre es muy bueno, y les dará á ustedes todo lo que tenga; yo sé que es capaz de todo por tal de verme.

—Eso no es cierto, porque no quiere prestarnos esos medios.

—Será mucho y no lo tendrá.

—No, no es mucho; todavía le queda bastante.

—Pues si yo le ruego, les hará á ustedes el favor que le piden; pues aunque se quede sin nada, yo trabajaré para mantenerlo; pero para eso es necesario ir á México.

Ya Gabriel estaba sentado sobre un *huacal* que le servía de silla, y había ensayado á dar algunos pasos por la habitación.

—Vaya, dijo Gómez, ya mañana podrá andar, le traeré su caballito y en la noche nos vamos á ver á su papá.

—¡Gracias, señor; muchas gracias! exclamó Gabriel en el colmo de la ternura, y pretendió tomar una de las manos de Gómez para acariciarla.

Gómez se estremeció al contacto de las manos de Gabriel y retiró las suyas.

—¡Diablo de muchacho! pues va á hacer que uno no se enoje con él por nada.

—¡Vaya! dijo la vieja, con que yo tampoco me he podido enojar...

—Es medio *barbero*.

—¡Pues no!

—Con que, prevenido, mi amigote, dijo por último Gómez saliendo de la habitación.

La esperanza reanimó á Gabriel hasta el punto de sentirse capaz de emprender el viaje que se proyectaba; é ingenuamente creía que debía estar agradecido á Gómez, por quien cada vez sentía un simpatía mas viva.

